

zas, á Dios gracias, se hallan en estado de prosperidad, y no es ahora, cuando nuestro señor Henrique tiene tantos enemigos encima, el momento de aumentar sus disgustos. Lo que no quisimos hacer por Carlos IX su hermano, que no tenia nuestra estimacion, lo harémos por él que nos admite en su consejo.

—Oh! querido dueño y señor,—esclamó la duquesa,—por qué no habeis hablado así ántes? Que no se nos arroje de aquí, no pedimos mas por vuestro honor y por nuestro gusto.

El duque de Nevers era en efecto muy adicto á Henrique III. Católico celoso habia sin embargo desaprobado la Saint-Barthélemy; pero si no queria que se asesinasen á los hugonotes, era fuerte partidario de los que querian hacerles la guerra acérrimamente, y á menudo decia que con toda voluntad daria hasta su último escudo por tal de ver esterminar en batalla campal el último de los heréticos.

Nada se oponia á las órdenes del rey, respecto del hotel de Nesle: dicho dominio se puso en venta y se adjudicó al duque de Nevers.

Hasta entonces, dice un historiador, aquel hotel habia llevado su nombre y la integridad de los numerosos aposentos que lo componian; pero su arquitectura maciza, sus torres redondas con sus techos puntiagudos, sus grandes ventanas arqueadas, sus puertas pesadas, sus muros almenados, sus fosos y puentes levadizos, disgustaban á las miradas que se habian deleitado con el estilo gracioso de la época de la Restauracion. Su aspecto era demasiado severo y parecia más bien una fortaleza.

Como tales defectos son incorregibles, se le destruyó en parte para emplear sus escombros en la construccion de un hotel agradable, frágil y á la moda. Dicho hotel se construyó sobre el terreno que ocupan hoy las casas situadas entre la calle Guénégaud y la de Nevers, que sigue á lo largo de los muros del hotel del mismo nombre.

El cardenal Bourbon, abad de Saint-Germain-des-Près, se mezcló en esas construcciones y reivindicó los derechos que pretendia tener en su calidad de señor del hotel de Nesle. Esta pretension singular fué sostenida con tanta habilidad y perseverancia, qua dió por resultado una transaccion en virtud de la cual el hotel de Nevers fué erigido en feudo, con cargo de sacramento y homenaje y de una renta de cincuenta centavos parisís. El acta de dicha transaccion, está fechada en 3 de Agosto de 1618.

Este primer resultado hizo renacer todos los pretendidos derechos del abad sobre el hotel de Nesle, que así cayó bajo la dependencia monacal de la cual le habia libertado el duque de Berry en 1399, á un precio bastante oneroso.

En esa época, la torre de Nesle estaba completamente abandonada, pues la duquesa de Nevers habia sido obligada á renunciar de ella, despues del suceso que vamos á referir.

Ya hemos dicho cuán disolutas eran las costumbres de los grandes de aquella época: no habia princesa, duquesa, condesa, &c., &c., que no tuviese al ménos un amante de título, y una comitiva poco mas ó ménos numerosa de cortejos.

Sus maridos no lo ignoraban; pero en general aparentaban ignorarlo, sea porque esto les autorizaba á hacer tambien su gusto, sea porque temiesen si querian reprimir tales desórdenes, el tener que echarse encima muchas enemistades.

Entre el número de las que mas audazmente marchaban en ese camino, se hallaban Catarina de Clèves, duquesa de Guisa, de quien los amores con Saint-Megrin, uno de los favoritos del rey, eran en la época tan públicos como lo habian sido los de Henriqueta de Clèves, duquesa de Nevers, con Coconas. El duque de Guisa, sea por debilidad, sea por indiferencia, sea por política y por tener así inteligencias en el partido realista, cerraba los ojos á estos desórdenes.

Un dia, sin embargo, trató de ponerles término: muy temprano en la mañana entró á la alcoba donde dormia la duquesa despues de haber despertado bruscamente á la culpable esposa.

—Señora,—le dijo,—desde hace mucho tiempo estais echando la deshonra en nuestra casa: habeis cansado mi clemencia y ha llegado la hora de la espacion; preparaos, pues, á morir.

La duquesa dió un grito de terror y quiso saltar fuera de la cama: su marido le detiene y armándose con un puñal, la amenaza diciéndole que si no guarda silencio la hiere: despues añadió:

—Resignaos, haced vuestra oracion, y escoged entre este puñal y este veneno que veis aquí.

Y mientras que en su mano derecha brillaba el arma terrible, con su izquierda presentaba una copa llena de un licor sobre el cual se levantaba un ligero vapor.

La desgraciada muger, arrebatada por el temor, consigue salirse de la cama, á pesar del puñal dirigido contra su pecho; se arroja á los piés de su marido, y le pide gracia.

—No,—responde el duque cogiéndola por los cabellos:—es preciso morir.

—Permitidme al ménos encomendar mi alma á Dios.

—Sea; pero andad aprisa porque necesito venganza.

La duquesa se puso á orar: despues levantando sobre su marido sus ojos bañados en lágrimas, trató de nuevo de apaciguar su cólera. Todo fué inútil, el duque nada queria oír, y parecia estar tambien impaciente por herir.

—No,—dice en fin la paciente,—vuestras manos no se mancharán con mi sangre, moriré por medio del veneno.

Y tomando la copa, de un trago la vacía y se vuelve á la cama para esperar la muerte.

El duque parece satisfecho, y sale diciendo va á dar sus órdenes para que el entierro se haga convenientemente.

Una hora pasa: Catarina de Clèves, presa de las mas horribles torturas del alma, dá vueltas en su cama con la agonía de la desesperacion, llamando á la muerte que con tanta lentitud venia, y sintiendo no haberse dejado dar de puñaladas.

De repente, la puerta se abre de nuevo: el duque vuelve á aparecer; pero esta vez su cara traía la espresion de la sonrisa.

—Oh! sois bien cruel, duque!—esclama Catarina.

—No tanto cuanto habeis sido culpable, mi bella querida; pero habeis mostrado tal sumision, que os la tomo en cuenta.

—Ya es demasiado tarde, señor; el veneno me quema las entrañas.

—Debe ser así; el árbol dá su fruto.

—Venís, pues, á gozaros en mi agonía?

—Vengo á deciros, señora, que el pretendido veneno que como decís, os quema las entrañas, no es otra cosa mas que un caldo perfectamente preparado. La leccion ha sido ruda y espero que será provechosa.

Y se retiró, dejando á la culpable llena de confusion. De todos modos el duque se habia equivocado medio á medio: la leccion fué ruda, es cierto; pero no fué muy provechosa, y la conducta de la duquesa se volvió tan escandalosa, que los principales miembros de la familia de Guisa, trataron de poner seriamente un término, así dicen las memorias de Bassompierre, hijo de uno de los actores de este drama. Citemos, pues, el hecho testualmente:

“El cardenal de Guisa y el duque de Mayeune, viendo que el ruido que hacia la intriga de la duquesa de Guisac on Saint-Megrinera tan público, creyeron que el duque su hermano, no debia de ser el único que lo ignorase. Como no tenían un amigo de mas intimidad que Bassompierre, le encargaron á este el instruirle.

“Bassompierre conocia el genio y el carácter del duque, así es, que aceptó la comision con pena y á su pesar. Aún pidió que se le dieran tres dias para pensar el modo de insinuar al duque una tan desagradable noticia.

“Fué á verlo, pues, con un aire triste y meditabundo: al verlo así el duque, le pregunta qué es lo que le tiene tan triste.

“—Hace algunos dias,—le respondió Bassompierre,—que una persona me ha consultado la manera mas á propósito que se debe escoger para instruir á un amigo de la mala conducta de su muger, que le deshonorra sin que él lo sospeche. La cuestion me ha parecido tan embarazosa, que aún no he podido responderle. Hé ahí la causa de ese pesar que no he podido ocultaros, pues inquieto sobre lo que debo contestar, medito inútilmente sin hallar respuesta; pero, una vez que con tanta naturalidad se me presenta la ocasion de hablaros, tendré mucho gusto en que vos mismo me digáis qué consejo debo dar á mi amigo en tan delicada cuestion.

“El duque de Guisa, comprendió perfectamente de lo que se trataba. No aparentó sin embargo embarazo por ello.

“—Quien quiera que sea ese de quien me habláis,—dijo á Bassompierre,—si es un amigo, ó aun si quiere parecerlo, que se encargue él mismo de vengar la afrenta hecha á su amigo; pero ir á decir en caso como este lo que ignora, es á mi entender, tomarse un trabajo inútil y aun unir un nuevo ultrage al primero. En cuanto á mí,—continuó el duque,—Dios me ha dado una esposa tan sábia cual se podia desear, y gracias al cielo, no tengo motivos para desconfiar de su virtud. Sin embargo de esto, si llegase á tener la desgracia de faltarme y algun hombre tuviere el atrevimiento de decírmelo, veis este fierro,—añadió poniendo mano sobre el puño de su espada,—la vida de ese imprudente amigo me responderia al instante de su loca temeridad.”

Anquetil, que es quien refiere este pasage de las *Memorias de Bassompierre*, añade:

“Bassompierre dió gracias al duque por su consejo, y fué á dar cuenta de su comision al duque de Mayeune y al cardenal, quienes tomaron el partido de poner coto á todo ellos mismos.

“Prepararon, pues, una emboscada á la puerta del Louvre. Como Saint-Megrin salia de allí en la noche, unos asesinos apostados, al verlo, se le fueron encima y le tendieron en el suelo atravesado por treinta y cinco heridas. Sin embargo, aún vivió así hasta el otro dia.

“El rey hizo por él el mismo sentimiento que por Maugiron y Caylus, y como ellos, fué enterrado en la iglesia de San Pablo con la misma magnificencia, y sobre su tumba se erigió una estatua de mármol, de suerte que cuando se queria deshacerse de un favorito, habia un proverbio que decia: “Yo haré que le hagan en mármol como á los otros.”

....“Léjos de servirse de la justicia contra tales crímenes, el monarca á imitacion de sus vasallos, de quienes debia reprimir las licencias, se servia algunas veces del asesinato para deshacerse de aquellos que le desagradaban.

El famoso Bussy de d'Amboise, favorito de su hermano y brutal espadachin, que cifraba su gloria en tener diariamente pependencias, por largo tiempo habia despreciado al rey: tuvo al fin la suerte de esos arrogantes que creyendo poder insultar impunemente á los demas, hacen trofeo de su insolencia y perecen inmolados por la mano que desprecian.

“Tenia amores con la señora de Montsoreau. Henrique III tuvo medio de hacerse de algunas de sus cartas, y las enseñó al esposo. Dichas cartas certificaban la verdad de la intriga y estaban escritas en términos burlescos é insultantes para el marido. Montsoreau, lleno de resentimiento, arrastra á su muger á un castillo aislado, y la obliga á dar en él una cita á Bussy. Este llega con su confianza ordinaria; pero en lugar de la dicha que esperaba, se vé asaltado por asesinos. Se defiende largo tiempo; pero al fin sucumbe al número y le matan.”

Estas dos aventuras y otras muchas del mismo género, habian hecho mucho ruido: se contaban los pormenores de ellas, y se refa en la cara de aquellos que

se encontraban en caso igual al de los maridos insultados, quienes se tenían por satisfechos, sin conocer el ridículo para ellos mismos ni para los demás.

El duque de Nevers era uno de estos últimos; pero al mismo tiempo era uno de los de más honor, porque como bueno y leal marido que era, nada sospechaba, no tardó en sentirse picado en lo vivo por algunos sarcasmos de sus amigos. El valiente duque se preguntó al instante, como si despertase después de un sueño de quince años, por qué la señora duquesa su mujer, tenía tanto apago á aquella fea y vieja torre de Nesle que amenazaba ruinas, pues sus ciñentos incesantemente estaban roídos por las aguas. Llama sus recuerdos, los corrobora con ciertos rumores que había despreciado otras veces y que ahora se le aparecen cual espectros que salían de la tumba.

Esto pasaba justamente en los días que hacía construir su hotel de Nevers, y la persistencia de la duquesa en pasar la mayor parte de su tiempo en la torre de Nesle, rodeada de escombros, envuelta en nubes de polvo causadas por la demolición; esa penitencia, decimos, acabó en cierto modo de abrirle los ojos.

En tal situación de espíritu, Luis Gonzague, duque de Nevers, entró una mañana á la habitación de su esposa, no para darle á escoger entre el puñal y el veneno á ejemplo del duque de Guisa, sino para pedirle esplicacion sobre esa fantasía que le hacía preferir la sombría y lúgubre torre de Nesle á cualesquiera otra habitación.

—Este informe que voy á hacer os es tardío,—dijo el duque,—pero tenemos tal seguridad... Sin que por eso creais que de tiempo en tiempo no ha llegado hasta nosotros alguna mala noticia; pero la hemos dejado pasar cual si hubiesen sido clamores de villanos y aun sin voltear la cabeza para saber de adonde venían ni á donde iban.

—Señor duque,—respondió alegremente la bella Henriqueta,—habeis acaso escogido el día de hoy para hacer vuestro panegírico?

—No señora, y serémos mas dichosos haciendo el vuestro en vez del nuestro.

—Y en cuanto á eso, mi señor y dueño, encontraréis acaso impedimento?

—Yo, Henriqueta, no! pero corren por el mundo ciertas leyendas de vos que suenan mal y que tienden á poner os en el mismo rango que las señoras de Guisa y Montsoreau.

—Y qué puedo hacer en eso, señor?—preguntó la duquesa levantándose con soberbia.

—Una cosa bien simple, señora: dejad que se derribe esta torre de Nesle que no es otra la causa sino su historia la que da alas á la malignidad de las gentes.

—Así, pues, en vano ha sido el que haya defendido hasta ahora este silencioso retiro donde mi alma se eleva á Dios.

—Pensad, señora, que se trata del honor de nuestra casa y que las catástrofes de estos últimos tiempos, os iluminen!

Henriqueta de Cléves, había pasado hacia largo tiempo sus treinta primaveras; sin embargo su alma siempre ardiente, sin olvidar sus primeros amores no podía huir los últimos.

—Señor duque,—le dice,—vos podeis obligarme á salir de estos lugares pacíficos, podeis arrancarme de ellos violentamente, pulverizarme contra las piedras; pero hacer que voluntariamente los deje, no lo esperéis.

Al oír estas palabras, el duque de Nevers iba á encolerizarse fuertemente, pero se contuvo y disimuló como un verdadero traidor de melodrama.

—Guardad, pues, señora,—le dice,—este tan delicioso retiro del cual el mas pequeño villano no querría hacer su habitación. Pero por vuestra cabeza, que no nos vengán cuentos vergonzosos y que disgusten, porque, por nuestro Dios y Señor! estamos resueltos á pedir os terrible cuenta de ellos.

Esta amenaza asusta bien poco á Henriqueta de Cléves y esto fué una torpeza, porque el duque de Nevers, escitado por los accidentes matrimoniales que habían tenido lugar en aquellos últimos tiempos había resuelto aclarar sus sospechas, y emplear para ello todos los medios posibles. Desde entónces, sin que la duquesa lo sospechase, la rodeó de espías y hasta cierto punto no le perdía de vista.

Nadie entraba á la torre de Nesle sin que el duque no lo supiese al instante, y parecía inevitable una prócsima catástrofe.

La señora de Nevers no había sin embargo renunciado á ninguno de sus hábitos. Muger de placeres ante todo, continuaba haciendo felices á algunos, sin pensar en los terribles resultados que podían tener sus peligrosos favores. Parecía al contrario, que le placía desafiar el peligro, y aunque no era ya jóven, intentó seducir á uno de los favoritos del rey, llamado Joyeuse, que acababa de desposarse con la hermana de Henrique III. Al fin con tanta fineza é intriga como puso en práctica, y los medios poderosos de seducción que inventó tuvo un completo triunfo.

La torre de Nesle no fué sin embargo el lugar de las primeras citas de los dos amantes.

Si la duquesa no tenía en cuenta lo que había sucedido á Saint-Megrin y á Bussy, Joyeuse por su parte no lo olvidaba, y aunque realmente se había enamorado de la duquesa de Nevers, la cual aún era muy bella, no se encontraba dispuesto á pagar con su vida los favores que á tantos otros habían costado muy poco. Era en el Louvre donde se veían, y la reina de Navarra que estaba en el secreto, les daba para ello ayuda y proteccion.

Pero los enamorados rara vez son prudentes: Joyeuse poco á poco fué olvidándose de sus precauciones y como Henriqueta le hacia esperar tan dulces noches en la torre de Nesle! En el Louvre, no había entera libertad, pues era preciso observar ciertas etiquetas bastante molestas, y las entrevistas solo podían ser muy cortas.

Una circunstancia en apariencia fortuita acabó de determinar á Joyeuse á ceder á los deseos de su querida.

Ya hemos dicho que hasta cierto punto, la duquesa estaba custodiada: una de las mugeres de su servicio habia sido ganada por M. de Nevers, y por ella supo las frecuentes apariciones de su muger en el Louvre á donde ántes solo iba raramente.

Quién ó qué cosa le llevaba allá? Es lo que el duque no sabia; pero lo sospechó, y para saberlo completamente, recurrió á un espediente, que aunque algo comun y poco ingenioso, casi siempre dá buenos resultados en casos parecidos. Así, pues, y para ponerlo en práctica, un día anunció que marchaba á uno de sus terrenos á diez leguas de Paris donde se hacian grandes trabajos de construcción. La ocasion pareció inmejorable á los dos amantes para desperdiciarla.

Joyeuse, á pesar de todo, quiso asegurarse de la partida del marido, y con un pretexto cualesquiera, fué á hacerle una visita en el momento mismo en que el duque debia salir de su casa: le vió, pues, montar á caballo y partir con su comitiva.

Llegada la tarde, Joyeuse pasa el rio, llega á la torre, esa torre maldita donde el amor y la muerte se asemejaban desde dos siglos hacia, y habian hecho al mismo tiempo su domicilio de eleccion.

Cuando esto pasaba hacia ya dos horas que el duque de Nevers y cuatro hombres de toda seguridad de los que se habia hecho acompañar, estaban en uno de los cuartos bajos de esta lúgubre habitacion, donde les habia introducido la criada de la duquesa que el marido habia ganado.

Apénas habia salido de Paris M. de Nevers por una puerta cuando entró por otra, y dejando su comitiva llegó solo y furtivamente á su casa: de allí fué á tomar la posicion indicada lo que le fué fácil por la inteligencia que tenia dentro del hotel.

Joyeuse es introducido al cuarto de su querida, los cerrojos se corren.

Aquel lugar solo estaba alumbrado por la débil luz de una lámpara que parecia pròxima á apagarse, y los perfumes se ardian por todas partes.

Todo era amor, misterio, voluptuosidad.

Desde el lugar en que el duque se hallaba oculto, oyó abrirse la puerta del agua y aun pudo contar los pasos del recién venido. Sus ojos brillaron de cólera, cerró los puños é hizo esfuerzos sobrehumanos para poderse contener y no dar un paso ántes de que los culpables pudiesen ser sorprendidos en infraganti delito; porque era una venganza terrible, completa la que necesitaba, y aunque aún ignora el nombre del cómplice de su muger, no por eso está ménos impaciente de herirle.

Diez minutos pasan; el mayor silencio reina por todas partes.

—Vamos,—dice el duque con una voz estridente y la espada en la mano,—seguidme!

Sus criados le siguen en silencio, y llegan todos á la pieza vecina al cuarto de la duquesa.

—Quedad aquí,—dice M. de Nevers,—y no os movais sin mi órden.

Entónces se aprocsima á la puerta, á la cual llama con el pomo de su espada.

—Qué es eso?—dice Joyeuse, desprendiéndose de los brazos de Henriqueta de Clèves.

—Silencio, amigo mio,—dice en voz baja está última deteniéndolo.

El duque llama de nuevo; pero los amantes ya habian arreglado el desórden de sus vestidos.

La duquesa sin embargo no respondia, y dudaba aún que su marido hubiese osado tenderle un lazo como aquel.

La duda fué por poco tiempo.

—Señora,—dice el marido con voz en la que estaba marcada la cólera:—os prevengo que nada ganais con hacer resistencia, porque hemos jurado no salir de aquí ántes de haber hablado con vos.

—Querida mia,—dijo Joyeuse tomando valientemente un partido,—poneos tras de mí, y dejadme recibir como conviene al recién llegado.

Y al decir esto, desenvainó su espada y se dirigió hácia la puerta; pero la señora de Nevers, enlazándole con su brazo le detuvo.

—Amigo,—le dice estrechándole con amor,—estás vestido ligeramente, y de esta recámara al rio la distancia es corta. El barquero os esta esperando?

—Está con mi criado; pero, alma mia, no os dejaré en un momento como este, estad segura.

—No, si quereis perdernos; pero sí si quereis salvarnos: idos.... Yo te conjuuro, amigo mio, vete: las sábanas de esa cama son bastante grandes, bien se puede alcanzar hasta el agua con ellas: parte, pues, y déjame aquí á fin de salir victoriosa.

—Victoriosa?

—Sí.

—Es imposible!

—Véte, y dentro de poco, tendré á ese furioso á mis piés.

Joyeuse se dejó convencer, pues la duquesa le aseguraba su triunfo, y ademas, él tenia muy pocas ganas de encontrarse con el ultrajado marido.

Tomó, pues, una de las sábanas, la ató á la barra que separaba las dos hojas de la ventana, y dejándose deslizar poco á poco, llegó sano y salvo á la barca, que como habia quedado en observacion, á la primera señal se habia aprocsimado á la torre.

Tan luego como estuvo fuera de peligro, la duquesa quitó la sábana, y despues de esto, se arrodilló delante de un armario que estaba cerca de la alcoba.

Se deja entender que todo esto pasó en mucho ménos tiempo del que se necesita para contarlo. El duque en tanto habia renovado varias veces sus amenazas: en fin, no obteniendo ninguna respuesta, ordena á los hombres que habia lleva-

do consigo el romper á hachazos las puertas: la orden fué ejecutada en un abrir y cerrar de ojos. M. de Nevers se arroja furioso al cuarto, decidido á matar á todo el que se le presente delante; pero se detiene de repente al aspecto de su muger, humildemente prosternada y que parecia entregada á una meditacion profunda.

—Señora,—le dice,—acaso nuestra voz se ha puesto tan estraña que no la habeis reconocido al través de esta puerta?

—Señor duque, os acabais de mostrar en este momento tan furioso, que solo hemos pensado en la salvacion de nuestra alma.

M. de Nevers, miéntras ella hablaba veía á su rededor, registraba con ojo escudriñador, muebles, tapices y colgaduras.

—No estamos tan furiosos como decís, señora,—replicó;—pero estamos algo sorprendidos de encontraros aquí tan sola.

—Y por qué, señor?—preguntó Henriqueta, quedándose arrodillada.

—Es demasiado simple, señora, porque sabemos estábais aquí en dulce compañía.

—Y estábais bien instruido, señor?

—Ah!—dijo el duque, que sentia volver todo su furor,—confesais, pues, infame?

—Qué, señor? qué pretendéis hacerme confesar?

—No mas subterfugios, señora! Aquí hay alguno!....

—Hay, vos y yo, señor.

—Y otro ademas....

—Sí!... otro por el cual lloro.

—Oh! le encontraré, pues!

Y el viejo duque en su ecsaltacion, se puso á romper los muebles con su espada; así registró todos los rincones, hizo pedazos las tapicerías; pero no obtuvo resultado alguno. El cansancio, se hizo sentir en su brazo.

—Y no obstante, señora,—esclamó,—no estábais sola aquí!

—Señor duque, en ninguna parte estoy sola.

—Dios verdadero! escojeis bien vuestro tiempo para hacer enigmas!

La duquesa, siempre arrodillada, nada replica, y M. de Nevers empezó á hacer una necia figura, cuando vió en fin aquel armario ante el cual su muger estaba prosternada. Ya no hubo dudas para él: el cómplice de su culpable esposa estaba allí, detras de aquellas planchas cinceladas artísticamente, y tan delgadas que un ligero soplo parecia suficiente á romperlas.

—Señora,—dijo entonces el duque:—si sois la dueña y ama de esta casa, os ordenamos que ese armario se abra.

Un ligero calosfrio agitó todo el cuerpo de Henriqueta de Cléves.

—Señor,—dice con voz temblorosa:—os juro que nada hay ahí que pueda interesaros.

—Oh! esto es demasiado!—esclama el duque.

Y con dos golpes de su espada hizo volar en astillas la puerta del armario. Pero en el interior de él, solo habia una cabeza de muerto rodeada de flores disecadas.

El duque á aquel aspecto, quedó inmóvil y como sorprendido de estupor; pero prontamente vuelve en sí, y aproximándose á aquella lúgubre reliquia, leyó esta inscripcion: *Siempre tuya, mi muy amado Coconas.*

Y esta inscripcion era escrita por la mano de la duquesa: M. de Nevers la reconoció perfectamente.

Madama de Nevers no se escusaba de ello tampoco.

—Señor,—le dice,—he amado á Coconas: todo Paris lo sabe, y sihasta ahora lo habeis ignorado, no es mia la culpa. Pero todo Paris sabe tambien que siempre he respetado la fé conyugal. Amo á un muerto, señor; y hubiéseis preferido que amase á un vivo ademas de á mi marido?

El duque de Nevers estaba perplejo, jamas habia pensado que un marido pudiese encontrarse en tal situacion. No sabiendo qué responder, tomó el partido de encolerizarse de nuevo, y cogiendo la cabeza de Coconas la arrojó por la ventana que habia quedado abierta, al Sena.

La duquesa se conmovió un poco y con bastante gracia consintió en tomar el brazo de su esposo para ir al hotel de Nevers, abandonando para siempre la torre de Nesle.

Esta fué la última aventura que tuvo por teatro aquella famosa torre. Joyeuse resfriado en su pasion considerablemente, no volvió jamas á tener la idea de volver á ella, lo que visto por la señora de Nevers, se volvió devota. Nada ganó en ello su marido; pero el diablo perdió algo.

Desde entónces la torre de Nesle se vió desierta. Ya solo se la consideró como una ruina que quedaba en pié sin motivo para estarlo, ó que quedaba así como un guia de la historia: á su sombra iban á escribir los cronistas los hechos de tiempos pasados, á ratificar los cuentos de sus antecesores y á tomar inspiraciones de las localidades....

¡Dichosos los que pueden escuchar esa gran voz de las ruinas!

Allí es donde se encuentra la verdadera historia, sí, allí solamente.

Una parte del hotel de Nesle quedaba aún entera. La princesa Maria de Gonzague y de Cléves, hermana de la duquesa de Nevers, obtuvo el 14 de Agosto de 1641 patente con el permiso de vender aquel terreno y los materiales del hotel á diferentes particulares, para construir casas y componer calles.

Henrique de Guénégaud, ministro y secretario de Estado, fué uno de los adquiredores: él imitó al duque de Nevers, haciendo edificar un hotel, al cual le dió su nombre, así como á la calle que fué llevada por todo el largo del jardin hasta el muelle que estaba frente á la fachada.

Pero el pueblo persistió en conservar el nombre de Nesle al hotel y al muelle, mas bien por costumbre que por respeto á los recuerdos históricos.

El ministro Guénégaud no fué mas dichoso que el duque de Nevers en su re-

sistencia à las pretensiones del abad de Saint-Germain: para obtener la estincion del título de feudo, tuvo que pagar al abad y à los monges una fuerte suma de dinero, despues de la transaccion celebrada el 22 de Febrero de 1646.

Todo quedó, pues, en el mismo estado, hasta que en 1655, época en la cual la autoridad municipal de Paris se ocupó en pensar que seria un bien el hacer que las avenidas de las aguas que atraviesan la capital, fuesen accesibles para todos. Esta fué una excelente idea; pero como todas las de aquella naturaleza debia quedar oculta por algunos siglos.

Reconocemos como una verdad la sabiduría de este precepto: *En todo lo que haces, véte despacio.*

Pero en conciencia, cuando se vé que habia sido necesario à los diversos gobiernos que se sucedian dos siglos, para quitar unas cuantas piedras mal colocadas, el espíritu se confunde, y uno se pregunta de qué ha servido en todo ese tiempo la inteligencia humana: qué tierra es la que se ha vivificado con el sudor del pueblo, qué bien es el que ha nacido de sus padecimientos?

Sea lo que sea, en los registros de la ciudad de Paris, con fecha 16 de Noviembre de 1655, se lee lo siguiente:

“Nosotros este dia, habiendo ido à visitar lo que es necesario hacer para el embellecimiento y decoracion de la ciudad, el muelle del rio desde la estremidad del Puente Nuevo hasta la puerta de Nesle, siguiendo las resoluciones tomadas para ello en la oficina de la ciudad por súplica y pedimento de M. du Plesis de Guénégaud, secretario de Estado, se ha considerado que la casa llamada el *Castillo-Gaillard* impide en cierto modo el ornato de dicho muelle, que solo sirve para diversiones públicas, entre las cuales siempre suceden algunos desórdenes: viendo que la ciudad que es la que ha hecho tal concesion, no saca de ello gran utilidad, nosotros hemos, en consecuencia de otras deliberaciones precedentes, resuelto hacerla destruir y que se sirvan de los escombros de la demolicion para establecer un muelle que comenzará desde el lugar ya dicho hasta la torre de Nesle, haciendo retribucion del mal que les resulte à los particulares que con permiso de la ciudad hayan hecho edificios en él: y vista la necesidad que habia de hacer trabajar sin demora en el dicho muelle y de sostener las tierras que ya han sido acumuladas allí, y que pueden hacer mal al rio, hemos ordenado que se proceda lo mas pronto posible à la construccion de dicho muelle.”

Hé ahí una cosa bien hecha. La municipalidad de Paris desea embellecer la capital: examina, ordena... ordena, si; pero no paga, y *sin dinero*... todo el mundo es algo *suizo* en dicho caso.

La municipalidad, que habia hecho un esfuerzo sobrehumano, se sentia exhausta: reposa, pues, y duerme con un profundo sueño, para no despertar sino siete años despues en 1662.

Entónces, ella se pregunta donde está aquel *establecimiento de un muelle que camenzará desde dicho lugar hasta la puerta de Nesle*, y se sorprende mucho la dicha municipalidad al ver que todo se halla en el mismo estado de ántes. Se

frota, pues, los ojos, hace una nueva postura, y el 10 de Julio de 1662, la oficina de la ciudad hace el registro siguiente:

“Estando nosotros en este dia, reunidos en la oficina de la ciudad, para dar nuestro parecer sobre las proposiciones y planos que nos han sido presentados para la construccion de ciertos edificios à lo largo del muelle Malaquais, hasta unirse à la puerta de Nesle, despues desde dicha puerta hasta la entrada de la calle de Seine &c.: somos de opinion que debe continuarse el muelle empezando desde el lado del Puente Nuevo hasta la calle de los Pequeños Agustinos, dejando delante de ella un muelle del largo de 10 à 12 toesas, conforme à los planos que tenemos à la vista y à las alineaciones dadas à los propietarios de las casas que hay sobre el dicho muelle.”

En esta vez, hubo un principio de ejecucion de lo mandado; pero fué con una lentitud desesperante.

Nuestra tarea es casi concluida ya: la torre de Nesle está siempre en pié; pero solo es un monton de piedras que evoca recuerdos lúgubres: se halla solitaria, desierta: la puerta de agua ha sido tapiada: de todas partes se desprenden sus piedras, y todo anuncia una destruccion completa y prócsima. Esta destruccion no debia sin embargo tener efecto sino hasta el siglo XVIII, como se verá por los hechos siguientes que tomamos de un honrado historiador.

“El 30 de Abril de 1670 la viuda del príncipe de Conti adquirió el hotel de Guénégaud à nombre de sus hijos menores, por un contrato de cambio que hizo de la tierra y señorío de Bouchet.

“Los príncipes de Conti y de la Roche-sur-You, le aumentaron con la adquisicion que hicieron el 25 de Marzo de 1679, del pequeño hotel de Guénégaud (es el que ocupaba en 1775 M. de l'Averdy, ministro de Estado.)

“El 20 de Noviembre de 1718, la princesa de Conti compró de la viuda de un mercader llamado Antonio Rondet, una casa situada sobre el muelle y junto al hotel: esta casa era sin duda grande y bella, pues que se le dió el nombre de *Pequeño hotel de Conti*; à mediados del siglo XVIII fué demolida. Entre ella, y el colegio de las Cuatro Naciones, hoy palacio del Instituto, se hallaban otras casas que tenian el honor de servir de alojamiento al abad M. de la Chambre, miembro de la academia francesa y à su gabinete de *bellas curiosidades*.

En resúmen, el vasto terreno antiguamente ocupado por el hotel de Nesle, fué dividido en el siglo XVII. Se construyó en él el hotel de Nevers, despues el hotel de Guénégaud, que se llamó mas tarde el hotel de Conti; y en fin, muchas casas de paisanos: lo que aun quedaba del hotel de Nesle, fué ocupado por el colegio de las Cuatro Naciones.

Despues de la construccion de este último edificio en el reinado de Luis XIV, se derribó la *torre* y la *puerta* de Nesle, y se destruyeron los restos de los muros del recinto de Felipe Augusto, y con ellos se llenaron los fosos, de suerte que nada queda de aquellas inmensas construccion que habian hecho una parte del hotel de Nesle, ó solo llevaban su nombre.

Los nuevos edificios que sustituyeron las líneas rectas de los arcos del hotel de Nesle, sus áticos á sus almenas y sus columnas griegas ó sus altas torrecillas, no tardaron en resentir cambios, ó aun de perecer.

En el reinado de Luis XV, habiendo escogido la ciudad de Paris el hotel de Conti para construir en su lugar el hotel de la ciudad, le compró por un millon seiscientas mil libras: fué enteramente demolido y en su lugar se construyó, no el hotel de la ciudad, sino la casa de moneda que hoy ecsiste.

Ya habrán podido notar nuestros lectores, que los abades de Saint-Germain-des-Prés, no olvidaron revindicar sus pretendidos derechos al hotel de Nesle, y obligar á los poseedores de sus diversas porciones que pagasen los cargos impuestos en virtud de los derechos de señorío del abad. Resultó de esto una cantidad de procesos, que se terminaron ventajosamente para los abades de Saint-Germain-des-Prés. Ademas del cargo de sacramento y homenaje, el duque de Nevers debió pagar una renta de 50 centavos parisís: el ministro Guénégaud y la ciudad de Paris, 30.000 libras.

No contento aún con estas estorsiones, el abad pidió la enorme suma de cien mil libras á los ejecutores testamentarios del cardenal de Mazarin, por el terreno sobre el cual hacian construir el colegio de las Cuatro Naciones, llamado hoy, Palacio del Instituto.

No cabe duda de que esas sumas fueron ecsigidas indebidamente, y nos admiramos de que el abad hubiese podido sostener tales pretensiones.

Todo el terreno que ocuparon el hotel de Nesle y los edificios vecinos, habian hecho una parte del jardin de palacio de Thermes y del cercado de Li-As, que fué una propiedad imperial, y despues real, hasta que el abad de Saint-Germain-des-Prés se hizo de ella sin ningun derecho.

Quando el tiempo sancionó tal usurpacion, el abad obtuvo retribuciones por el terreno que ocupaba el recinto de Felipe Augusto. Ya hemos dicho que éste rey le abandonó por compensacion la propiedad de la puerta de Bucí con los derechos de entrada y salida.

En 1399, el duque de Berry libertó al hotel de Nesle y sus dependencias de todos los gastos que debian al abad, dando á éste el hotel de los reyes de Navarra. ¿Cómo fué que el abad pudo renovar tantas veces con buen écsito sus injustas pretensiones sobre el terreno del hotel de Nesle? Si algo debe sorprender en este negocio, no es la obstinacion que los abades de Saint-Germain tuvieron en seguir sus derechos concluidos y caramente adquiridos, sino la sancion que la justicia del parlamento dió á sus ávidas é inicuas ecsigencias, que no podian basarse sino en títulos falsos ó alterados.

Hoy, no queda nada ya de esa vieja torre de Nesle: nada, solo el recuerdo,— y la historia.—Historia fecunda en grandes sucesos que laboriosamente hemos ecshumado de las ruinas del pasado y que sin miedo ni reproche damos al aprecio de nuestros contemporáneos.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
A. N. L.

Los nuevos edificios que sustituyeron las líneas rectas de los arcos del hotel de Nesle, sus áticos á sus almenas y sus columnas griegas ó sus altas torrecillas, no tardaron en resentir cambios, ó aun de perecer.

En el reinado de Luis XV, habiendo escogido la ciudad de Paris el hotel de Conti para construir en su lugar el hotel de la ciudad, le compró por un millon seiscientas mil libras: fué enteramente demolido y en su lugar se construyó, no el hotel de la ciudad, sino la casa de moneda que hoy ecsiste.

Ya habrán podido notar nuestros lectores, que los abades de Saint-Germain-des-Prés, no olvidaron revindicar sus pretendidos derechos al hotel de Nesle, y obligar á los poseedores de sus diversas porciones que pagasen los cargos impuestos en virtud de los derechos de señorío del abad. Resultó de esto una cantidad de procesos, que se terminaron ventajosamente para los abades de Saint-Germain-des-Prés. Ademas del cargo de sacramento y homenaje, el duque de Nevers debió pagar una renta de 50 centavos parisís: el ministro Guénégaud y la ciudad de Paris, 30.000 libras.

No contento aún con estas estorsiones, el abad pidió la enorme suma de cien mil libras á los ejecutores testamentarios del cardenal de Mazarin, por el terreno sobre el cual hacian construir el colegio de las Cuatro Naciones, llamado hoy, Palacio del Instituto.

No cabe duda de que esas sumas fueron ecsigidas indebidamente, y nos admiramos de que el abad hubiese podido sostener tales pretensiones.

Todo el terreno que ocuparon el hotel de Nesle y los edificios vecinos, habian hecho una parte del jardin de palacio de Thermes y del cercado de Li-As, que fué una propiedad imperial, y despues real, hasta que el abad de Saint-Germain-des-Prés se hizo de ella sin ningun derecho.

Quando el tiempo sancionó tal usurpacion, el abad obtuvo retribuciones por el terreno que ocupaba el recinto de Felipe Augusto. Ya hemos dicho que éste rey le abandonó por compensacion la propiedad de la puerta de Bucí con los derechos de entrada y salida.

En 1399, el duque de Berry libertó al hotel de Nesle y sus dependencias de todos los gastos que debian al abad, dando á éste el hotel de los reyes de Navarra. ¿Cómo fué que el abad pudo renovar tantas veces con buen écsito sus injustas pretensiones sobre el terreno del hotel de Nesle? Si algo debe sorprender en este negocio, no es la obstinacion que los abades de Saint-Germain tuvieron en seguir sus derechos concluidos y caramente adquiridos, sino la sancion que la justicia del parlamento dió á sus ávidas é inicuas ecsigencias, que no podian basarse sino en títulos falsos ó alterados.

Hoy, no queda nada ya de esa vieja torre de Nesle: nada, solo el recuerdo,— y la historia.—Historia fecunda en grandes sucesos que laboriosamente hemos ecshumado de las ruinas del pasado y que sin miedo ni reproche damos al aprecio de nuestros contemporáneos.